

En el capítulo 4, el autor nos habla de la fallida reorganización económica y la nueva política expansionista inflacionaria de 1977-1981. Con las acciones de reorganización y de racionalización de la intervención estatal se pretendía dar una respuesta a las contradicciones y combatir el deterioro de la capacidad de gestión económica del Estado. Como parte de este proceso se emprendió la "reforma administrativa", creándose la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP). Esta institución, señala el autor fue dirigida a partir de 1979 por funcionarios de tendencia tecnoburocrática que defendían las tesis del control del gasto público y la eficiencia capitalista.

Durante el sexenio de López Portillo también se lleva a cabo la Reforma Política, que buscaba abrir espacios políticos, así como la Alianza para la Producción, que entre otras cosas incluía a los empresarios en la estrategia de recuperación económica. Sin duda, esta alianza fue punto de partida, pero no de llegada (nacionalización de la banca). La política de reorganización capitalista encabezada por el sector eficientista dentro del gobierno, fue abandonada debido a la especulación del auge y la petrolización de la economía, que trajo como consecuencia problemas que estallaron en 1982, que para aliviarlos se volvió a la reorganización económica: nacionalización de la banca y establecimiento de un control generalizado de cambios en la moneda, fueron las respuestas del gobierno lópezportillista.

En el capítulo 5, el autor se refiere a la devaluación y la insolvencia financiera que provocaron la más grande crisis económica de la posguerra. La medida drástica de nacionalizar los bancos se llevó a cabo, como sabemos, por la intensa fuga de capitales a lo largo de 1982 y porque los banqueros se habían convertido prácticamente en un Estado dentro del Estado. Los intentos de reorganización del capitalismo mexicano en 1983-1984, es otro aspecto que analiza nuestro autor,

toda vez que la necesidad de esa reorganización surge como consecuencia necesaria del fracaso de la política expansionista económica basada en el déficit fiscal y la contratación de grandes deudas, y la devaluación de febrero de 1982.

Viene después el programa de saneamiento de las finanzas públicas, acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, y la aplicación de cinco propuestas inmediatas y la supervisión continua hasta 1985: la reducción del déficit fiscal, la liberación general de precios y la eliminación de subsidios en los bienes y servicios producidos por el sector público, y el control de la inflación.

La fijación de tipos de cambio realistas y el mantenimiento de las tasas de interés bancarias en niveles satisfactorios para estimular el ahorro interno.

Como parte de la estrategia fundamental a largo plazo, se continuó con el proyecto de reorganización a través del Plan Nacional de Desarrollo, 1983-1988, y sus dos programas complementarios: Programa Nacional de Financiamiento para el Desarrollo, 1984-1988, y el Programa Industrial y de Comercio Exterior, 1984-1988.

En la investigación de Rivera Ríos, destaca también la modernización industrial prevista en el Plan Nacional de Desarrollo; la estrategia financiera de la nacionalización bancaria: Programa Nacional de Financiamiento para el Desarrollo (PRONAFIDE), y los planes sectoriales de reorganización económica, entre los cuales podemos mencionar los sistemas de producción agrícola de alimentos básicos (Sistema Alimentario Mexicano).

Finalmente, el autor explica el desenvolvimiento de la crisis y la incipiente recuperación económica 1983-1985. Ante esta disyuntiva, el Estado se empeñó por impedir dicha crisis por dos razones: en primer lugar por sus repercusiones sociales y políticas, que podrían revertirse en contra de las instituciones estatales y del sistema de la propiedad capitalista.

En segundo lugar, la sucesión de quiebras y bancarrotas no garantizarían la reorganización del capitalismo mexicano.

La crisis, como consecuencia, trae un aumento de la tasa de desempleo, bajo poder adquisitivo de la población trabajadora, descensos en la producción, quiebra de empresas, cuyo mejor ejemplo es la Cervecería Moctezuma.

Frente a todo este panorama desalentador, el Estado mexicano ha podido evitar que esta crisis económica se convierta en una crisis social generalizada: quizá sea uno de sus principales logros.

**Ciro F.S. Cardoso,
Francisco G. Hermosillo,
Salvador Hernández.**
*La clase obrera en la
historia de México
(De la dictadura
porfirista a los tiempos
libertarios) JJS-UNAM,
SIGLO XXI, México
1985, 248 Páginas.*

Por Pablo Trejo Romo

El estudio de la clase obrera mexicana es un tema que está lejos de agotarse. En efecto, el avance de las investigaciones, de ese actor social, nos aporta cada vez más elementos para comprender el rol que ha jugado en determinados períodos históricos. Así, el velo que no nos permite ver del todo la gestación y conformación de la clase trabajadora en México, conforme la introspección de los análisis se profundiza, se va recorriendo, y los que antes eran, sujetos difusos, se nos presentan ahora como individuos concretos, actuantes y hacedores de la historia.

El libro de marras está compuesto por dos artículos. Uno referido a "Las clases sociales durante el Estado liberal de transición y la

dictadura Porfirista" de Cardoso y Hermosillo, y otro de Salvador Hernández titulado "Tiempos libertarios: el magonismo en México: Cananea, Río Blanco y Baja California.

Cardoso y Hermosillo distinguen dos grandes oleadas de transformaciones estructurales a partir de mediados del siglo pasado. La primera de 1855 a 1884, que tiene que ver sobre todo con la resolución de la pelea por el dominio del aparato de Estado y con la creación de los mecanismos de redistribución de los factores de producción, tierra y fuerza de trabajo. La segunda de 1884 a 1896, en la que se dan cambios institucionales referentes al acceso a los recursos naturales, los impuestos, la organización empresarial y la creación de un mercado nacional. Los autores sostienen que el resultado de ambas oleadas propició una fase de crecimiento económico. Cardoso y Hermosillo, en ambas etapas estudian la economía, el poder, la estructura social y al trabajador.

En el análisis de la primera etapa (1867-1884) los estudiosos resaltan que no existía aún un mercado interno, que el sistema de crédito basado en la usura no había desaparecido, que la expropiación de los bienes inmuebles, en el área rural, no fue tan importante como la destrucción de las comunidades indígenas, y que la agricultura y la minería no sufrieron grandes transformaciones. En el aspecto industrial aún predominaban los talleres artesanales, el desempleo y subempleo de oficiales y jornaleros era alto y existía un incipiente sector fabril sobre todo de textiles de algodón, el que enfrentó serios problemas en el aprovisionamiento de mano de obra debido al sistema de peonaje existente.

Los autores destacan que del complicado conflicto de este período emergió un Estado muy desorganizado en sus aspectos administrativo y financiero, que además debía hacer frente a una pesada deuda externa e interna y, fue evidente la

contradicción entre la letra constitucional y las relaciones económico-sociales y políticas del país.

Respecto de la estructura social, en esta etapa, el análisis se basa en la "Estadística de la República Mexicana" publicada en 1862. Uno de los méritos precisamente del trabajo es la estratificación socioprofesional que elaboran los autores y los cuadros que se elaboran referentes a la población económicamente activa. "... La distribución de la población activa por sectores no sufrió cambios drásticos debido a la Reforma, pero el contenido mismo de algunos grupos fundamentalmente quedó alterado." Los autores plantean que los años de 1867-1876 marcan una etapa de transición en la consciencia social del trabajador, en su formación de clase, que los procesos que conducirán al surgimiento de un verdadero proletariado están aun en sus inicios.

Respecto de la segunda etapa (1884-1910), Cardoso y Hermosillo señalan que en el aspecto económico los elementos más visibles son la expansión de las exportaciones; el incremento masivo de las inversiones extranjeras, los efectos de los ferrocarriles y de la abolición de las alcabalas, o sea el surgimiento de un mercado nacional; cambios a nivel de las fuerzas productivas y profundas contradicciones económicas y sociales.

"La movilidad creciente de los trabajadores incidió negativamente sobre los salarios... en los mejores casos, la jornada de trabajo era de doce horas y medio efectivo, pero son frecuentes las menciones o jornadas de dieciséis horas". (P. 33).

En esta segunda gran oleada se dieron cambios institucionales, se instaló un nuevo sistema hacendario, se reorganizó el sistema impositivo, y se elaboraron estadísticas económicas y demográficas, se adoptó un nuevo código de comercio y una reglamentación bancaria y financiera.

En cuanto a la estructura social, los autores prosiguen en el análisis socioprofesional de la población

económicamente activa durante 1895 y 1910, en base a las estadísticas nos ofrecen, también, un cuadro al respecto y otro en el que comparan los censos de 1895, 1900 y 1910. Otra vertiente interesante del estudio es el análisis regional que se hace de la PEA.

Cardoso y Hermosillo dicen que el trabajo agrícola permaneció como el ramo predominante de la fuerza de trabajo nacional (74.28%). La mano de obra minera representó el 2.61% y el proletariado industrial el 1.16%. Hacen, también, un análisis regional de la situación salarial del trabajador. Los estudiosos apuntan que la "... incapacidad de identificación de intereses, de asociación y de presentación de proyectos políticos y económicos alternativos, estaba ligado estrechamente con la gran heterogeneidad de los trabajadores del país". (P. 74).

En la segunda parte del libro, Salvador Hernández se dedica a estudiar la participación del Partido Liberal Mexicano (magonista) en dos acontecimientos obreros importantes, Cananea y Río Blanco, y explica también, el proyecto de creación de una nueva república en Baja California.

El escrito de Hernández aporta nuevos elementos para comprender el proyecto político del magonismo, del cual uno de los ejes fundamentales era el de consolidar al PLM dentro de los sectores de avanzada del proletariado mexicano. Hernández describe minuciosamente las actividades del PLM en la gestación de la huelga de Cananea, la influencia de magonistas en ella, Esteban B. Calderón y Diéguez, la participación de Lázaro Gutiérrez de Lara y las divergencias que existieron al interior de los magonistas respecto al estallamiento de la huelga. Uno de los aportes principales del autor respecto de Cananea, consiste en mostrar que la huelga lejos de haber sido un movimiento espontáneo, como generalmente se le ha calificado, fue una acción estudiada y preparada, dirigida por militantes del PLM que trataron de dar una orientación política, antiporfirista

y anticapitalista a la huelga.

En la parte que trata al movimiento de 1906-1907 en Río Blanco, el autor aporta datos acerca de la industria textil, la cantidad de trabajadores que laboraban en esa zona, las condiciones laborales y la creación de las organizaciones promovidas por "José Neira, Porfirio Meneses y Juan Olivares, todos ellos activistas obreros de filiación magonista" (p. 143), tales como el Gran Círculo de Obreros de Río Blanco (GCOR) y su órgano periodístico *Revolución Social*.

Hernández narra las actividades de los magonistas en Río Blanco, sus intentos por concientizar a los obreros y la tenaz represión que, como respuesta, emprendió el gobierno de Porfirio Díaz contra militantes y trabajadores.

Un aporte valioso de Hernández, consiste en aclarar el error que se ha cometido al considerar que la dictadura de Díaz reprimió a los obreros de Río Blanco por haber estallado una huelga, siendo que

—dice el autor— lo que los trabajadores protagonizaron fue una rebelión al desacatar el laudo presidencial del 7 de enero de 1907. La inactividad de las fábricas en Río Blanco, de diciembre de 1906 a enero de 1907, se debió a un "lock-out" empresarial y no a una huelga de los trabajadores.

En cuanto al proyecto magonista sobre Baja California, el estudio del período apunta que "Desde 1906, Ricardo Flores Magón y demás líderes del PLM en el exilio consideraron que —al igual que Cananea y Río Blanco— la región de Baja California era de gran valor estratégico para el desarrollo de la revolución socialista en México" (p. 187). Los magonistas emprendieron el proyecto hasta 1911, cuando el movimiento maderista ya se desarrollaba. El autor explica las divergencias entre el movimiento magonista y el maderista, destacando las concepciones que sobre la revolución tenía Ricardo Flores Magón; explica además como am-

bos movimientos enarbolaron proyectos políticos diferentes. Así, también, expone detalladamente la participación conjunta de la Industrial Workers of the World (IWW) y el PLM en la empresa de Baja California. "El plan incluía una constitución de corte liberal para la nueva república y garantizaba a los ciudadanos norteamericanos interesados en el proyecto una vida de solaz y esparcimiento en aquella península". (P. 205).

Hernández concluye afirmando que la huelga de Cananea, la rebelión de Río Blanco y la invasión a Baja California deben ser consideradas como precursoras del movimiento socialista en México.

En suma, los dos trabajos que constituyen la obra nos aportan nuevos elementos para la comprensión del período porfirista, en general, y para entender el desarrollo de la clase obrera en particular.



Foto: Archivo Gráfico del Periódico *El Sol de México*